

MALASIA Y LA CRISIS FINANCIERA

De la revista *Defense Nationale*, febrero de 1998

Autora: Valerie Niquet.

Traducido por: Antonio Gómez Cotillas

Comandante de Infantería.

Desde el mes de octubre de 1997, Valerie Niquet es directora de Investigación en el Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS). También es una de nuestras mejores colaboradoras en todos aquellos temas relacionados con Extremo Oriente.

Cuando en el mes de julio de 1997 Tailandia tomó la decisión de dejar flotar su moneda (el baht), arrastró al conjunto de países del «milagro asiático» —que van desde el dragón coreano hasta los tigres del sureste asiático— hacia una crisis en forma de espiral.

En los momentos de producirse dicha crisis, toda la zona, símbolo de la impotencia para poder superarla así como de la falta de perspectiva clara de futuro, también se encontraba cubierta por una intensa niebla de humo y polución que había sido provocada por los numerosos incendios de los bosques indonesios.

Ambas circunstancias parecían querer cuestionar el actual modelo de desarrollo asiático.

En efecto, en el marco de una visión que para el futuro podemos tachar de muy ambiciosa y demasiado voluntariosa (ya que se basa fundamentalmente en la multiplicación de grandes proyectos como el *Petronas*, que es un orgulloso símbolo político pero totalmente ilusorio), Malasia tenía previsto «alcanzar el mundo desarrollado» antes del año 2000.

Esta nación pretendía ofrecer a su población una renta *per cápita* de 15.000 dólares, gracias a un crecimiento sostenido del 7% anual. Las previsiones eran mantenerlo durante más de 20 años. Sin embargo, Kuala Lumpur no ha podido escapar a la dolorosa crisis de recalentamiento incontrolado que golpea a prácticamente todos sus vecinos.

El día 5 de diciembre de 1997, fecha en la que la moneda ya había perdido un 40% de su valor con respecto al verano de ese mismo año e igualmente, la Bolsa también seguía esta misma evolución que podemos tachar de catastrófica, el primer ministro señor Mahathir Mohamad se veía obligado a anunciar, muy a su pesar, la adopción de una política económica menos ambiciosa. Con estas medidas, la estrategia de crecimiento rápido que se había conseguido durante más de 10 años se veía cuestionada.

Como consecuencia de lo anterior, el techo de crecimiento para el año 1998 va a verse modificado del 7 al 4% (posiblemente tendrá que ser revisado de nuevo a la baja), y los grandes proyectos previstos por un importe de más de 60.000 millones de dólares, para un

periodo de 20 años, también se han visto muy reducidos. Además, el Banco Central (*Bank Negara*) exige una reestructuración y un reagrupamiento de las compañías financieras y de los bancos comerciales, ambos símbolo de un sistema financiero atrofiado y paralizado debido a los dudosos proyectos realizados.

Por otro lado, también se ha lanzado un llamamiento para la repatriación de los capitales invertidos en el extranjero.

Las razones anteriores han marcado el estacionamiento del conjunto de las ambiciones que Kuala Lumpur tenía previstas.

Como comentario a lo expuesto anteriormente, podemos decir que la crisis financiera que ha golpeado tanto a Malasia como al resto de países asiáticos, por su imprevista amplitud, en realidad, es el testimonio de las fragilidades del sistema.

En efecto, dicho sistema está fundamentado, principalmente, sobre un discurso que sitúa a la vanguardia de los factores del desarrollo a los «valores asiáticos». Hoy en día, la lógica de dichos valores es la que se está viendo cuestionada.

Así pues, se trata de una verdadera crisis de confianza del sistema. Además, los tres «patriarcas» —Lee en Singapur, Suharto en Indonesia y Mahathir en Malasia— tienen que hacerle frente sin saber muy bien como hacerlo.

Los «valores asiáticos»

Tanto para el primer ministro de Malasia como para sus colegas de Singapur e Indonesia, recurrir al concepto de «valores asiáticos» para explicar el gran logro económico de la región ha sido el método normal para constituir «un modelo diferente de desarrollo». Dicho modelo tenía que ser capaz de imponerse, como «contra-modelo», a aquel otro utilizado por las todopoderosas potencias occidentales, principalmente por Estados Unidos.

En un discurso pronunciado en el año 1995, Mahathir denunciaba de manera especial a:

«Aquellos que consideran que tienen una misión civilizadora en el mundo que les autoriza a sermonear a los países asiáticos sobre la cuestión de las libertades y de los derechos humanos.»

Apuntaba de forma directa y esencialmente a las potencias occidentales por haber sido antiguas potencias coloniales.

Igualmente, el día 27 de julio de 1997, el primer ministro de Malasia presentaba una propuesta para que se revisase la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Precisamente el carácter de «universal» es lo que varios países de Asia ponían en entredicho.

Para varios autócratas asiáticos como Mahathir, que domina el Ejecutivo de su país desde principios de los años ochenta, el problema está en tener que decidir entre «desarrollo» y «democracia», ya que en esta región se piensa que ambos conceptos son incompatibles.

Quizás por ser bastante frecuente el anterior criterio en la región, con ocasión de la cumbre Europa-Asia, celebrada en el mes de septiembre del año 1997, Malasia criticó muy duramente la postura de Europa que se oponía a la participación en dicho foro de Myan-

mar, aunque este país ya se había incorporado a la Asociación de Naciones del Sureste Asiático (ANSEA).

En efecto, para el primer ministro malayo existe un determinado número de valores que van más allá de las divergencias de la región y que son características comunes de las diversas sociedades de Asia Oriental. Para los países de esta zona, a la hora de tener que tomar decisiones por parte de sus dirigentes, el orden y la armonía está por encima de la libertad de expresión (excepto en Taiwan).

Podemos ver como el anterior discurso se vuelve a plantear una y otra vez. En varios países del «Asia en desarrollo», el bien común debe situarse por delante del individual; el espíritu de disciplina se opone a la decadencia de los valores de Occidente; las exigencias del desarrollo económico se imponen a los placeres individuales.

En un elogio del despotismo ilustrado, el secretario general del Ministerio para Asuntos Exteriores de Singapur, señor Kishore Mahbubani, se permitió oponer su sistema de toma de decisiones políticas al empleado por Estados Unidos. Para ello, argumentaba que el americano se fundamenta sobre «los debates públicos, consultas privadas y mucha confusión», y el sistema asiático, sobre «un buen gobierno, basado en decisiones sabias y muy reflexivas».

Para aquellos que sostienen el concepto de «valores asiáticos», no existen derechos universales, y como consecuencia, tampoco ningún tipo de deber hacia ellos.

En la República Popular China, en alguna ocasión, algunos teóricos del eufenismo han llevado el anterior discurso a extremos increíbles, incluso a través de él se ha llegado a justificar la negación del derecho a la vida de los seres «defectuosos». Para justificarlo, se recurre a la circunstancia de que son incapaces de cumplir sus deberes con la sociedad a la que pertenecen.

Sin embargo, este discurso radical sobre los valores asiáticos se vio modificado con el final de la guerra fría, al desaparecer con ella el segundo foco caliente que los soviéticos tenían frente a la gran potencia de Estados Unidos.

Políticamente, el discurso sobre lo «específico de los valores asiáticos» se ha visto traducido por el primer ministro de Malasia mediante su propuesta de crear un foco económico propio en Asia Oriental (la EAEC). Para Mahathir, la EAEC debe ser, por un lado, el símbolo de un «anclaje al Este» por parte de los países del sureste asiático, y por otro, una oposición a la Cooperación Económica de Asia y Pacífico (APEC). Para realizar dicha oposición, se deben de rechazar en su seno las potencias «blancas», incluidas aquellas que están situadas en la vertiente asiática del conjunto de Asia-Pacífico, como Australia y nueva Zelanda.

Pero las anteriores propuestas todavía no han visto la luz, ya que hay una ausencia total de apoyo por parte de Japón. En efecto, la potencia financiera e industrial de este país sigue siendo indispensable para el desarrollo del conjunto de países de la región.

Además de lo anterior, la prudencia de la «estrategia japonesa en Asia» se ha podido ver, una vez más, con ocasión de la cumbre de Kuala Lumpur, celebrada a finales del año 1997. Durante el transcurso de dicha cumbre, el primer ministro de Japón, señor Hashi-

moto, ha explicado perfectamente a sus socios regionales que la mejor forma de poder sostener el desarrollo de Asia por parte de Tokio se encuentra en el hecho de que Japón, a su vez, salga lo antes posible de la crisis.

Asia como modelo

Para algunos dirigentes como Mahathir, los países del «Asia en pleno desarrollo», fuertes por la nueva confianza depositada en ellos mismos y fundamentada sobre la base de un gran éxito económico, han podido ser expuestos como «contramodelo» del desarrollo. Este era el tema de un discurso pronunciado por dicho primer ministro en el mes de abril del año 1997.

En dicho discurso, Mahathir explicaba como los países de la región se podían enfrentar a las potencias occidentales mediante el refuerzo de la cooperación Sur-Sur. Con esta carta de presentación, ha podido exponer el ejemplo del milagro malayo, queriendo animar con ello las inversiones en los países en vías de desarrollo de Asia, África y Asia Central.

Pero la gran fuerza de atracción de este «modelo asiático» está basada, principalmente, en los éxitos económicos cuya continuidad se encuentra actualmente amenazada.

En efecto, dichos éxitos han sido especialmente explosivos en Malasia cuya población, que se ha duplicado entre los años 1970 y 1995, ha visto como en ese mismo periodo de tiempo su renta se ha multiplicado por diez y como la mortalidad infantil ha sido reducida cuatro veces.

Por otro lado, la relativa igualdad del desarrollo ha favorecido también el proceso de adhesión política de la población al actual gobierno, justificando así los discursos retrógrados relativos a las virtudes estabilizadoras de los «valores asiáticos».

Así, mientras que en el año 1970, el 60% de la población vivía por debajo del umbral de la pobreza, actualmente, el porcentaje sólo es del 8%, confirmándose así la aparición de una verdadera clase media urbana.

Además de lo anterior, en el año 1995 el Producto Nacional Bruto (PNB) por habitante de Malasia sobrepasó al de Grecia. Con un techo de crecimiento del 8% como media desde principios de los años ochenta y sostenido mediante una tasa de ahorro muy elevada que representa un 38% del PNB, Malasia se ha alzado al puesto número 17 como potencia comercial, fundamentando su desarrollo no sólo en materias primas como el caucho y el estaño y una mano de obra barata, sino también en la animación a las diversas industrias para que adquieran un fuerte valor añadido.

Todos estos datos se plasmaban en una realidad económica que la voluntad política traducía en la multiplicación de grandes proyectos, hoy en día cuestionados todos ellos por la crisis financiera, especialmente aquel que pretendía la creación de un «corredor multi-medias» que debería de conseguir la entrada de Malasia en la era de las tecnologías de la información.

En el marco del anterior contexto, la «visión 2020» lanzada por Mahathir en el año 1991 y el proyecto destinado a construir «una verdadera nación industrializada antes del año 2020», parecía que podía ser una realidad.

Sin embargo, la crisis financiera que ha envuelto a Malasia a partir de la segunda mitad del año 1997 está amenazando, a la vez, el desarrollo del país y el sistema de valores que parecía fundamentarlo.

Todo lo anterior ha supuesto una amenaza para la propia identidad de la nación. También ha sido la causa para que se ponga en entredicho el sentimiento de confianza y de veracidad nacional, factor que siempre ha sido un elemento de estabilidad social en el país.

¿Crisis del desarrollo y de los valores?

Como ya se ha expuesto anteriormente, un sistema de valores relativamente autoritario que enfrenta el concepto «democracia» al de «desarrollo», actualmente, se encuentra enfrentado al desafío que insta a superar el actual crecimiento ralentizado.

Paradójicamente, aquellos países que se inclinan más hacia los valores «occidentales» se han visto menos afectados por la crisis. Un ejemplo lo podemos ver en la India que, aunque su progreso pueda ser calificado de caótico, ha visto como su crecimiento despegaba a partir de los momentos en los que los sucesivos gobiernos del país han decidido favorecer una relativa apertura económica.

Lo mismo ocurre con las islas Filipinas, cuyo desarrollo se inició ya en la época de Marcos. Desde la caída de la dictadura de este personaje, este país conoce un alza continua en su techo de crecimiento que alcanza un 7% en la actualidad.

Por la forma como está evolucionando la actual crisis, algunos analistas se plantean la cuestión del discurso sobre «los valores asiáticos». En efecto, dichos valores implican una ausencia de transparencia y control democrático por parte del poder. Este sistema favorece al despotismo y a la corrupción, resultando un clima poco favorable para que existan decisiones económicas «sabias y muy reflexivas». Por eso algunos piensan que quizás sea en dichos valores donde se encuentra el origen de la crisis a la que se ven enfrentados los países de Asia y especialmente, Malasia.

Esta crisis económica, que también afecta a los valores morales, podría desembocar en una radicalización del discurso que se opone a las soluciones preconizadas por Estados Unidos. Esto último se ven continuamente acusados de volver a posiciones de soberbia sin apenas disimularlo. Esta situación tiene el riesgo de contribuir a la radicalización de varios países del espacio asiático; espacio que paradójicamente el fin de la guerra fría ha hecho que sea más inestable.

Las soluciones preconizadas por Occidente relativas a la crisis financiera, especialmente la de Malasia, aparecen ante los ojos de los dirigentes de Kuala Lumpur como el triunfo del modelo «ultra-liberal americano», que quiere poner de rodillas las potencias asiáticas en desarrollo.

A las exigencias de apertura y de regularización de sus economías los dirigentes malayos oponen el egoísmo de Estados Unidos que teme un desarrollo de su déficit comercial provocado por el crecimiento de las exportaciones indispensables para la vuelta a la normalidad de las potencias asiáticas. Las propuestas de suprimir el control sobre los movimientos de los capitales y de la apertura de las industrias nacionales también aparecen como

métodos de hacerse con los restos económicos de países momentáneamente confrontados a una crisis de crecimiento, todo ello a buen precio.

El primer ministro malayo, antes de verse obligado a aceptar un determinado número de medidas económicas, había rechazado totalmente este tipo de discurso e insistía que Malasia sólo se abriría a las inversiones extranjeras al ritmo marcado por ella misma (discurso promovido con ocasión de la cumbre de la APEC, efectuada en Vancouver en el mes de diciembre de 1997).

Por otro lado, dicho primer ministro, también ha denunciado los daños producidos a su país por la «especulación financiera internacional con la apertura incontrolada a las fuerzas del mercado». Para hacer frente a estos daños, ha amenazado con emprender diversas acciones, como prohibir toda la especulación que su gobierno considere «inmoral».

Así pues, quizás por todas esas razones, últimamente el primer ministro está dando prioridad a la teoría del complot de «la conspiración por parte de Occidente para poner a Asia de rodillas». Parece ser que en este discurso que Mahathir ha encontrado un verdadero apoyo por parte de sus conciudadanos, no sólo en el seno de su propio partido, el UMNO (*United Malays National Organisation*), sino que también lo ha recibido por parte de los militantes islamistas más radicales del PAS (*Parti Islam Se Malaysia*), a pesar de haberse enfrentado electoralmente en la campaña del año 1995.

También hay que tener en cuenta que, el recurso a un discurso violento en un periodo de crisis dirigido contra las «bestias feroces» de las finanzas internacionales y contra el financiero George Soros, está en la línea de la antigua retórica sistemática de Mahathir. A la vez, este tipo de discurso plantea la cuestión del lugar que ocupa el islam tanto en la sociedad como en el discurso político del primer ministro.

El lugar que ocupa el islam en la vida política de Malasia

La orientación «islamista» de la política exterior de Malasia no es una novedad, y se inscribe en el marco de un discurso que, como aquel otro de los «valores asiáticos», contribuye a la definición de una identidad propia frente a la todopoderosa potencia que forma el bloque occidental.

Mahathir siempre ha llevado a cabo una política muy favorable a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y ha expresado un discurso antiamericano, discurso que en el mes de octubre del año 1997 se ha traducido en una visita a Cuba. El primer ministro aprovechó la ocasión para animar las inversiones en la Isla por parte de su país. Podemos decir que la manera de actuar de este dirigente se encuentra en la línea de ir en contra del embargo americano.

Comercialmente, también Mahathir ha intentado mantener «un mercado islamista» para empresarios malayos, especialmente en Irán (lo que constituye un nuevo método de afirmar su independencia frente a las presiones de Estados Unidos). También lo ha intentado en Asia Central.

Por otro lado, el carácter abiertamente antisemita puesto de manifiesto en la crítica efectuada por el primer ministro hacia George Soros y la crítica sistemática hacia la «financiación internacional», constituyen formas normales de la política exterior malaya.

El anterior antisemitismo de este mandatario no es nada nuevo. David Camroux comenta como ya en el año 1983, Mahathir denunciaba «el expansionismo israelí» y apoyaba abiertamente a la OLP. Igualmente, en el año 1986, el *Wall Street Journal* era acusado por el jefe de Gobierno de Malasia de «estar controlado por los judíos».

En esta misma línea y más recientemente, la película *La lista de Schindler* se ha visto amenazada con su prohibición en este país, por el hecho de que sus dirigentes pensaban que su argumento tenía y transmitía una visión «muy favorable a una determinada raza».

En cuanto a política interior, Mahathir nunca ha estado considerado como un exponente del radicalismo islámico y más bien, un opositor a él. En efecto, en diversas ocasiones ha llegado a denunciar los «defectos malayos» y ha hecho propia la ética del trabajo al estilo chino o japonés.

Mediante esta importación de mentalidad, Mahathir siempre ha buscado animar el desarrollo de su país. Así, vemos como aunque el islam sea la religión oficial de Malasia, en el mes de septiembre de 1997, este dirigente denunciaba a los islamistas-fundamentalistas, cuyo aumento de poderío parece que se está incrementando.

Principalmente, Mahathir ha buscado unificar el sistema legal, basado en la autoridad de las instituciones religiosas de cada uno de los Estados que componen el país y que tienen una cierta autonomía en temas legislativos. Pero existe riesgo de que el primer ministro se vea desbordado.

En este marco de esfuerzo para controlar cada vez más la vida social por parte de los islamistas, en el año 1997, los diversos Estados que forman Malasia han prohibido los concursos de belleza y de culturismo, por considerarlos contrarios a los principios del islam.

Igualmente y en esta misma línea, en julio del año 1997, los «cursos de civilización islámica» se han hecho obligatorios para todo el mundo en las universidades, provocando una inquietud y el enfado de las autoridades religiosas budistas, cristianas, hindúes y sijs, pero sobre todo, aquellas que pertenecen a la muy poderosa *Malaysian Chinese Association* que, junto al UMNO, forman parte de la coalición gubernamental.

Sin embargo, el primer ministro, orgulloso de la «globalización» de la potencia malaisiana, no es partidario a la «islamización creciente» de la sociedad. Pero su discurso, relativamente moderado, podría verse amenazado por las presiones del PAS, cuya influencia es bastante importante en diversos estados del país, teniendo en cuenta, además, que dicho partido busca potenciar el UMNO como partido representante de la población malaya.

Vemos como los riesgos que amenazan la promesa ilusoria de un desarrollo con estilo propio son diversos y variados. A esto hay que añadir el hecho de que el propio Mahathir y las autoridades religiosas islamistas denuncian ciertas actitudes sociales como signos de decadencia. Entre las «nuevas costumbres» denunciadas podemos citar las discotecas, los cigarrillos antes de los 18 años, la droga y la decadencia de los valores familiares.

Por otro lado, al ser consecuencia del desarrollo económico y urbanístico, la multiplicación de todos estos fenómenos, frecuentemente denunciados por diversas personalidades como unas características de una sociedad occidental «individualista y decadente», también influyen muy negativamente en el discurso sobre la originalidad de los valores asiáticos.

Resumiendo todo lo anterior, vemos como existe una cierta radicalización del discurso islamista y una lucha por el «*leadership* moral» entre las autoridades políticas que rodean al primer ministro y las autoridades religiosas, ya que éstas han conseguido ser más relevantes a partir de las elecciones del año 1995.

El anterior enfrentamiento podría desembocar, como consecuencia de la crisis económica, en el resurgimiento de un cierto peligro que podría afectar la identidad malaya. Si dicho peligro llega a ser una realidad, desembocaría en una desestabilización de la nación.

La cuestión de la identidad malaya

A pesar de lo descrito anteriormente, la crisis no ha puesto en peligro el liderazgo que Mahathir tiene al frente del UMNO y como consecuencia, los riesgos de inestabilidad social en el país resultan ser menos graves que en Indonesia.

Sin embargo, Malasia sigue siendo un país frágil, caracterizado por una diversidad étnica que, en gran parte, está en el origen de la disparidad económica que se ha ido forjando durante mucho tiempo mediante el fuerte crecimiento económico logrado a lo largo de los 20 últimos años.

En el marco de este contexto, existe un riesgo de que la crisis en el desarrollo que el país está atravesando no contribuya en nada a la solución de todos estos problemas étnicos y económicos, que durante bastante tiempo han estado dormidos.

En efecto, la puesta en evidencia de los lazos que existen entre los medios empresariales y el mundo político, es decir, entre la elite malaya y el *business* chino, podría desembocar en una verdadera crisis existencial, a pesar de los esfuerzos de Mahathir para reforzar el papel de la Agencia Gubernamental. Dicha crisis existencial incluso pondría en peligro los mismos fundamentos de la nueva «nación Malaya».

Después de las revueltas del año 1969 de signo radical, las autoridades malayas habían lanzado una política de desarrollo preferencial que tenía previsto, principalmente, un fácil acceso generalizado de la población a la educación y a la función pública.

En la anterior política también se incluía una serie de medidas que tenían como finalidad la animación de la economía de la nación, fundamentalmente, dirigidas a favorecer a los malayos «de origen», es decir, los bumiputras, que en la actualidad representan el 60% del total de la población.

Esta «nueva política económica» también ambicionaba crear «un hombre nuevo malayo» y sacar a la comunidad de este país del subdesarrollo. Para lograrlo, pretendía cambiar algunos desequilibrios económicos existentes hasta esos momentos.

El resultado de la anterior política voluntarista se ha traducido en los siguientes parámetros: si en 1970 tan sólo el 1% de la economía estaba controlada por los malayos, en el año 1995, el techo de dominación casi había alcanzado el 21%.

Pero esta política preferencial, aceptable en periodo de fuerte crecimiento, se encuentra muy lejos de haber borrado todos los rencores, especialmente, la dicotomía subsistente entre las comunidades china y malaya. En efecto, aunque actualmente más del 20% de la

economía está controlada por intereses malayos unidos al poder, todavía la comunidad china controla la casi totalidad del 80% restante.

Así pues, podemos decir que las cuestiones de la identidad malaya y del reparto de los poderes están muy lejos de verse resuelta. La consecuencia de esta afirmación es que los rencores entre las diversas comunidades podrían resurgir, una vez más, como consecuencia de la crisis que atraviesa el país en estos momentos.

Para complementar la anterior afirmación, veamos a continuación como está distribuida la población de Malasia:

- El 60% de los malayos son bumiputras y la comunidad china representa alrededor del 30% de la población (aunque según las cifras hechas públicas recientemente este último porcentaje de chinos estaría sufriendo un fuerte crecimiento en la actualidad).
- Los indios representan el 10% de la población de este país.

Vemos como en el aspecto étnico, Malasia puede ser catalogada como de «diversidad racial». A esta situación, hay que añadir que esta misma valoración también es válida en lo referente a lo religioso, todo ello a pesar de la preeminencia del islam que es la religión oficial del Estado.

La situación religiosa es la siguiente:

- Los musulmanes sólo representan el 90% de la comunidad de los bumiputras, aunque algo más de la mitad del total de la población malaya.
- El resto de sus ciudadanos se encuentran divididos entre budistas, cristianos de la comunidad de origen chino, y en la población de origen indio, hindúes y sijs.
- Además, algunos indios son musulmanes, pero alrededor del 10% de los bumiputras, esencialmente los originarios de los estados del Sabad y del Sarawak de la isla de Borneo, son cristianos o animistas.
- Para una población de 20 millones de habitantes repartidas entre 13 estados, vemos como la diversidad es extrema y el miedo de que exista una desintegración de la nación Malaya no es nada despreciable.

Vemos como la crisis financiera y el sentimiento de vulnerabilidad surgido como consecuencia de ésta, pesan en las orientaciones de la política exterior malaya. Ambas acciones pueden incrementar mucho la ambigüedad ya existente en las relaciones de Malasia con las dos grandes potencias existentes en el panorama internacional: China y Estados Unidos.

El lugar de Malasia en el sistema regional y mundial: entre China y Estados Unidos

La retórica contraria a Occidente que Mahathir ha expresado en sus diversos discursos, también ha encontrado un recibimiento muy favorable por parte de los dirigentes chinos, ya que, especialmente desde principios de los años noventa, éstos buscan el modo de como desafiar a la todopoderosa potencia americana.

En el contexto de la actual crisis, Pekín se ha hecho eco de los rencores de varios dirigentes asiáticos, principalmente, los manifestados por los malayos. En efecto, son muchas

las autoridades de esta región que sienten despecho, por un lado, hacia la política arrogante e imperialista de Estados Unidos, y por otro, hacia las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional para las economías en crisis.

Pero las relaciones de Malasia con China se encuentran muy lejos de ser simples; siguen estando marcadas por el peso, demografía y economía de la comunidad chino-malaya. Igual que en el resto de los países del sureste asiático, dicha comunidad china controla una *parte muy importante de la economía nacional y a pesar del tiempo que este pueblo lleva insertado en los países de esta región, no existe ningún tipo de duda sobre sus sentimientos a la hora de alinearse.*

Profundizando en este tema, podemos ver como, en el mes de septiembre del año 1997, el Banco Central de Malasia denunció las inversiones malayas «que buscan refugio en el extranjero en lugar de contribuir al relanzamiento nacional». La cuestión puede situarse en el contexto de la «fidelidad» de los capitales chinos invertidos en otros lugares hacia la nación de origen, la República Popular China.

A su vez, los capitales invertidos en Malasia por la población de origen chino podrían haber elegido, en el marco del reajuste financiero efectuado por Mahathir, entre la «Patria de adopción, Malasia» y la «Patria de origen, China». Todo parece indicar que se han inclinado hacia esta última nación, cuya presión sobre los «compatriotas de otros mares» ha contribuido en gran medida a que éstos inviertan en su antiguo país, ayudando así al crecimiento chino de forma nada despreciable.

Además, los intereses de las redes chinas de otros mares que dominan la economía de los países del sureste asiático, entre ellos la de Malasia, podrían entrar en contradicción con los intereses económicos locales, representados en el archipiélago por los medios empresariales malayos animados por el poder.

En este marco de enfrentamiento de intereses, las revueltas del año 1869 cuyo origen era racial, de hecho, fueron protestas antichinas. Dadas las circunstancias de intereses opuestos, el riesgo de que este tipo de fenómenos vuelvan a resurgir de nuevo sigue siendo un tema bastante preocupante.

Políticamente, si «aquella China de la revolución cultural» aportaba su apoyo a las guerrillas comunistas de Malasia y otros países del sureste asiático, las relaciones de esta región de Asia con la «China reformista de Deng Xiaoping» mejoraron de forma considerable, especialmente desde principios de los años noventa.

Rechazando la noción de «amenaza china», Mahathir, decepcionado por las reticencias japonesas de mayor colaboración, parece que ha esperado hasta estos momentos para hacer de China, una potencia económicamente creciente con el paso de los días, un socio privilegiado en el marco de su estrategia para constituir un «conjunto asiático autónomo», con capacidad de imponerse al mundo occidental.

Principalmente, la anterior política de acercamiento del dirigente malayo a China se ha traducido en una intensificación de la cooperación militar entre los dos países. La visita en el año 1994 del presidente chino Jiang Zemin a Kuala Lumpur, también se inscribe en el marco de ese incremento de relaciones.

Sin embargo y tal como lo ha manifestado Allen Whiting, como la República Popular China actuaba por primera vez contra los intereses de un Estado miembro de la ANSEA (Filipinas), amparándose del *Mischief Reef* en el mar Meridional de China, y además, tampoco vaciló a la hora de incrementar la tensión en el estrecho de Taiwan, en el año 1996, organizando unas impresionantes maniobras en contra de la «Isla renegada», las cosas han podido cambiar.

En efecto, esta evolución de la estrategia china en Asia, iniciada a partir del año 1995 y que tiene un carácter agresivo mucho más abierto, parece que ha despertado ciertos sentimientos de desconfianza por parte de los dirigentes malayos, que hacen de la pertenencia de su país a la ANSEA un factor esencial de identidad propia y de cohesión nacional.

Desde un punto de vista más ideológico, también nos tenemos que preguntar sobre el grado de autonomía que tiene el discurso malayo de «los valores asiáticos». Con mucha frecuencia estos valores aparecen más bien como «valores chinos» condicionados por Pekín en su estrategia de oposición a Estados Unidos.

Así, China intenta asimilar el concepto de «valores asiáticos» con el «confucionismo», y su discurso viene a incrementar la desigualdad que subsiste entre Asia y el mundo y la cultura china. No hay que olvidar que China ha dominado durante casi 20 siglos al conjunto asiático que durante todo este espacio de tiempo tenía una cultura muy próxima a los márgenes de la barbarie.

Con todas estas referencias, tanto hoy como en el pasado, en el espíritu de los dirigentes de Pekín no existe, por un lado, una verdadera opción de igualdad a la hora de relacionarse con los asiáticos, y por otro, la posibilidad de una influencia recíproca entre el gigante chino y sus vecinos.

En el marco de este contexto, en realidad, la percepción de intereses comunes entre Malasia y China se basa en una hostilidad común hacia el mundo unipolar que gira alrededor de la única superpotencia existente en la actualidad: Estados Unidos.

Igualmente, sobre la cuestión de los derechos humanos y sobre todo aquello que pueda aparecer como «una voluntad de ingerencia occidental en la política interior de los países de Asia», Malasia se sitúa en la misma línea de actuación que la República Popular China.

Quizás para compensar esta actuación en contra de Occidente, los dirigentes malayos, como también sus socios de la ANSEA, siguen considerando a Estados Unidos como el principal polo de equilibrio estratégico que garantiza la seguridad regional.

Dentro de este equilibrio estratégico, en el mes de enero de 1998, el secretario de Estado para la Defensa, señor William Cohen, efectuó una visita de 12 días por «esta Asia en crisis». En su recorrido, se programó una escala en Kuala Lumpur con la intención de marcar de forma clara la importancia que tiene Malasia para su país, a pesar de la retórica, con frecuencia radical, de su primer ministro hacia Estados Unidos.

Ya anteriormente y en la misma línea, el embajador americano con sede en Kuala Lumpur se había molestado mucho en destacar los estrechos lazos existentes entre las economías de ambos países. Aprovechó la ocasión para hacer un llamamiento a los dirigentes malayos para que intenten cambiar sus discursos normalmente «antiamericanos».

En efecto, en las relaciones comerciales entre ambas naciones, Estados Unidos absorben el 20% de las exportaciones malayas. Además, 200.000 estudiantes de esta última nacionalidad se encuentran actualmente en su territorio.

En el marco de estos confines de lo económico y de lo estratégico, Malasia, como el resto de los países del sureste asiático, también representa un mercado muy prometedor e importante para la industria de defensa americana. En el año 1992, las importaciones malayas en armamento se elevaron a 36 millones de dólares, y en 1996, alcanzaron los 143 millones.

Vemos como a pesar de las manifestaciones malayas de independencia, marcadas fundamentalmente por la compra de Mig-29 rusos, Estados Unidos representa la principal fuente de abastecimiento para el armamento de este país.

Además de lo anterior, Malasia tiene que hacer frente, como también sus vecinos de la ANSEA, a amenazas estratégicas nada despreciables que principalmente afectan a las vías de comunicación en el mar Meridional de China.

Pero la crisis financiera que golpea a Malasia ha llevado a Kuala Lumpur a tener que estudiar de nuevo una parte de sus proyectos para la adquisición de nuevos armamentos sobre un valor de 500 millones de dólares. Malasia pretendía adquirir helicópteros de ataque, blindados y aviones FA-18. Sin embargo y a pesar de estas restricciones presupuestarias, los riesgos a los que esta nación tiene que hacer frente están muy lejos de haber desaparecido.

Para finalizar el estudio de este punto, vemos como, en el marco del anterior contexto, el papel que Estados Unidos tienen que desempeñar en la región sigue siendo esencial. Así está reconocido por las autoridades malayas, que han apreciado enormemente la preocupación manifestada por el secretario de Estado para la Defensa en lo referente a todas las cuestiones de seguridad en Asia.

Conclusiones

A principios del año 1997, Microsoft decidía instalar su cuartel general para la zona de Asia en Kuala Lumpur, reconociendo así, como también lo hacía el conjunto de la industria informática americana, el interés de las ambiciones malayas en asuntos de tecnología de la información.

La promesa de no imponer ninguna censura a la red Internet había tenido una importancia capital a la hora de tomar esta decisión por parte de Microsoft. En esa época, esta empresa apreciaba «el entorno abierto y favorable a la información» de Malasia.

En periodos de incertidumbre financiera y a pesar de la actual crisis, este espíritu de apertura es el que debería de permitir al país encontrar de nuevo la vía del desarrollo. Precisamente, si esta nación se mueve en esa dirección lograría su integración como potencia en el sistema económico-político mundial.

El primer ministro de Malasia parece que ha tomado conciencia, quizás bajo la presión de los medios económicos malayos, de lo contraproducente que es para su país la tentación de repliegue y de radicalización.

«Asiático» o «islamo-asiático», el discurso sobre los propios valores, siempre y cuando sea moderado, puede contribuir a reforzar la cohesión y la confianza de Malasia en el seno de los países del sureste asiático. Sin embargo, este discurso no debe de constituir un freno al desarrollo y a la integración del archipiélago en el sistema mundial.

En este mismo contexto, tanto los capitales japoneses y occidentales como los mercados americanos no estarían dispuestos a sostener a un país cuya economía es cambiante y además, privilegia un discurso radicalizado que es el principio del fin del aperturismo.

Al contrario de lo anterior, es seguro que la actitud del mundo desarrollado, especialmente en lo referente a la apertura de sus mercados a los productos de aquellas economías cuyas exportaciones son una solución a su desarrollo, puede hacer de contrapeso para que se produzca una solución armoniosa en la actual crisis.

Al practicar un doble discurso, en concordancia con su ministro de Economía, señor Anwar Ibrahim, que actualmente juega el papel de «moderador» ante las instituciones financieras internacionales, Mahathir intenta llevar una política que le permita obtener beneficios dobles.

En efecto, vemos como, por un lado, con sus posturas radicales Mahathir intenta obtener una solapa de seguridad interna ante los posibles rencores que pueden desarrollarse nuevamente en el seno de la sociedad malaya, y por otro, también intenta tener mucho cuidado con no cortar a su país todos los apoyos económicos y estratégicos internacionales.

Por último, no podemos asegurar que aunque las autoridades ejerzan un perfecto control sobre esta estrategia, en un futuro, esta forma de actuar permitirá al primer ministro Mahathir poder evitar todos los posibles deslices que se produzcan en la nación malaya, tanto internos como externos.